

EL PUENTE Y EL TEMPLO

Cuentos, Editorial Oriente, Cuba, 2009

EL PUENTE Y EL TEMPLO

Sobre las motivaciones: una lectura, una infancia y un sueño. La filosofía de lo real, lo vital, lo posible. Una semilla, bien. Y al hombrecillo lo conocí un día cualquiera. Si me preguntan, un miércoles. Extremo sur de Prado, junto al león, rascándose. Un hombre menudo que se rasca junto al león puede resultar interesante.

Lo hacía todo sin mirar a los lados. La entrepierna y el cuello, duro y sin pena. Los brazos después, y la barriga. Metía las manos bajo el overol y se tomaba su tiempo. No le importaba que lo viera la gente, y eso le añade un sabor de misterio a su historia. Los sabores posibles. Las cosas que se esconden y se muestran cuando el sol aprieta. El sol puede servir también como elixir de la verdad. Cosa sabida: bajo el sol nada se esconde. Aquí, en La Habana, no. Imposible esconderse cuando llega esta hora. La más difícil, con el cuerpo sudado y la cara grasienta. Con las ganas de sentarse bajo los álamos de Prado. De dormitar a la sombra, o de rascarse un poco, solo rascarse, aunque la gente mire y se pregunte.

En la cara lleva todavía las marcas de pintura. Me pregunto dónde guarda las brochas y las latas. Debe trabajar en el Sevilla. Si anda vestido de overol, debe trabajar en el hotel. Departamento de reparaciones o mantenimiento. Un pintor, bien. Un pintor de brocha gorda. Especialista en actividades de servicios. Cosa menuda. Ligero al peso y suave al tacto. Nada difícil de seguir por el overol carmelita.

Seguir a alguien puede convertirse en hábito. Un rito contagioso. Un juego de esconderse y hacerse el bobo, danzando entre la gente sin llamar la atención. Sin mostrarse ansioso ni

desesperado, solo mirando, tomando los apuntes necesarios, las cosas que la víctima puede hacer, lo que diga en un momento de tensión. Un juego viejo con personajes variables. Siempre una víctima con cara interesante, y un cazador detrás, un ente raro de sangre fría y hábitos complejos. Interesante también. Cosa vital. Se aprenden estas suertes con un poco de práctica. Con seriedad. Se bebe como droga lo que a otra gente puede ser aburrido. Gente común. Números de un montón infinito. Pasan y miran sin poder explicarse lo que ven. Sin detenerse a pensar que el mundo puede ser diferente.

El hombrecillo ni siquiera sabe que yo existo. No me puede imaginar, y eso me divierte. Imagino lo que pensaría si supiera. Seguro me llamaría perverso. Me llamaría loco. Lunático, por ejemplo. Sí, lunático estaría bien para mí. O quizá me llamaría algo peor. Depende. Pueden pasarle cosas por la cabeza. Pensamientos enrevesados. Manías extrañas. Formas de mirar y ver la vida. De sacar conclusiones, y decirlas, y esperar que las cosas que uno dice tengan sentido para alguien.

Ahora lo he visto. Me detuve a quince metros para estudiarlo bien y estoy pensando en buscarle un nombre. Soy escritor de ficciones y los nombres los invento. Pero no sabría cómo llamar a mi víctima de hoy. No se me ocurre nada. Hombrecillo está bien, y punto. Con las escaleras sobre los hombros, bien. Con el rostro manchado de pintura. Y lo mejor de todo es que no sospecha. No lo puede sospechar. Ni siquiera imagina que lo miro. Lo estoy mirando desde cerca. Aquí, sentado, escondido entre la gente. Estiro el cuello para verlo mejor, para que no se me escape un detalle minúsculo. Un tic nervioso imperceptible, o simples contracciones involuntarias. Una risa sin motivo aparente, o la respiración entrecortada, contenida en espasmos, en accesos de tos, ira, livideces. Los temblores de la voz delatan la presión interior. Son señales externas de que algo no anda bien.

Difícil sustraerse. Ya he dicho que seguir a alguien puede convertirse en hábito. Espiar, si lo prefieren. Vigilar, no me importa. Yo lo llamo recoger información. Cacería urbana, dijérase, donde la presa sigue una ruta prefijada y el cazador se esconde entre la jungla de viandantes. No sé por qué me gusta la palabra jungla. Nada más lejos de La Habana. No una urbe de cemento y cristal, como quisiéramos. Solo Habana. Casas a punto de venirse abajo. Columnas dóricas resquebrajadas por el moho y la humedad. Arcos y capiteles deformados por el peso. La arquitectura de una época de gloria ha debido resistir un poco más de lo pactado.

Y la palabra jungla sigue ahí aunque *jungla* y *habana* no se parezcan tanto. Aunque no se parezcan, en realidad, en nada. En lo absoluto se parecen. Pero aquí también se puede ser el cazador o la presa. Aunque en este caso la presa sea minúscula. Inofensiva en apariencias. Figurita insignificante que se rasca junto al león. Cosita abigarrada, discernible por el overol carmelita. Tan fácil de seguir porque va con escaleras. La gente le dejará el paso libre. Se apartarán como una onda en la superficie de un lago.

Y en este juego el cazador soy yo aunque mis armas sean el lápiz y la libreta de apuntes. El trofeo final de este safari urbano será la información para escribir un cuento. Así de fácil. Ni más ni menos. Unos apuntes rápidos sobre alguien específico y la historia se puede conformar. Se moldeará con calma. Será después, sentado frente a una página en blanco, masticando chicharrones. Puras bolas de grasa, pero me gustan. Con el pellejo duro para que los dientes se entretengan y el cerebro se concentre en la historia. Así nacen los finales sorprendentes y no puede uno explicarlos. No dirá que masticaba chicharrones cuando surgió la idea de un final. La profesión, en fin, con sus secretos. Son maquinaciones contenidas en un espacio reducido del cerebro. Unas células especiales guardan información que no interesa a nadie. Solo a uno mismo, y que el mundo siga solo, desgastándose y muriendo, no importa. Eso no importa nunca. Movilizaciones y corrientes sediciosas puestas como trampas, o como barreras, con el riesgo de caer y ser aplastado, no importa. Amigos seducidos por ofertas de dinero fácil, jugadores de un bando invisible, camuflados por la imagen del intelectual moderno, con trenzas y aretes de platería barata y pírsines escondidos bajo la camisa. Conocidos también, pero distantes, discernibles entre una masa heterogénea porque alguien habló bien de su trabajo, y a uno le gustó que lo hiciera de esa forma, y siguió la corriente para estar a tono con lo que se habla. No importan, en verdad, esas reacciones ajenas. Nada de eso importa, en realidad.

Y ustedes pueden llamarme lunático también. Es esa esquizofrenia contenida. Ustedes saben. Sí. Ustedes saben bien de qué se trata. Y conocen bien las calles de La Habana. Sí. Ustedes saben lo que pasa en esas calles. Les ha pasado que alguien se les quede mirando. Han sentido en el cuello el escozor de la mirada ajena, y ustedes vueltos locos, nerviosos, inseguros de hablar o hacer algo. O puede ser que los haya seguido por la calle algún sujeto oscuro, y ustedes con el miedo. Sí, incertidumbre o desconfianza, pueden llamarlo así. Pueden también buscar la forma propia de llamarlo, y hacerlo para ustedes, en voz baja,

donde nadie pueda oírlos. O pueden ir a una consulta espiritual y pedir que les cambien el signo. Los signos. Las denominaciones del karma. Aquí también se cree en esas cosas, aunque no lo parezca.

Pero ustedes no conocen al hombrecillo. Al pintor de overol carmelita. No saben bien, en realidad, de qué les hablo, ni por qué carga este hombre menudo las escaleras sobre los hombros. Ni a dónde va. Ni dónde vive. Son cosas que solo se pueden descubrir siguiendo a la persona. Observándola. Deteniéndose en el momento justo para que no sospeche.

Cosa trivial, no lo discuto. A quién le puede interesar.

Pero detrás de cada piedra se esconde un mundo nuevo. Y detrás de cada hombre hay una historia que contar. Un cuento, sí. Un cuento. Una historia escondida. Una parte de ella, al menos eso creo. Lo he comprobado en estas calles. He visto aparecer más de una luz en una simple acción sin importancia, en un pañuelo que voló con el viento, en una frase dicha sin querer, o en un quejido por el pisotón en la guagua. Alguien iba con apuro y lo demostró de esa forma, y el quejido quedó flotando, disolviéndose, haciéndole recordar a uno las palabras que ha olvidado.

A veces tiene el mediodía un vapor del infierno. Puede uno rascarse aquí, junto al león, sin que nadie se moleste en preguntar: *A usted, señor, le pasa algo.* Y el hombre allí, menudo, con bigotes y escalera. Interesante. Pura cuestión de gustos. Preferencias. Nada de cine experimental ni folklore para turistas. Hablo de preferencias. Cosa vital. Filosofía, ya lo dije. Son cosas que leí en alguna parte. Se acuesta uno con dos almohadas para que repose en alto la cabeza. Se lee cómodo así. El libro cae sobre el pecho. *A usted, señor, le pasa algo.* Despiertas junto al león. Te rascas. Sientes la pesadez en el cerebro. La modorra se acumula y explota al mediodía. Por el vapor del aire, se duerme uno más rápido. Nada de chakras activados con simples ejercicios de los lamas. Ni sesiones de terapia colectiva. Ni círculo de abuelos en el parque. Simple calor. Temperatura sofocante y aire denso y húmedo. El trópico. Los trópicos. Deben ser todos iguales. El sueño al mediodía. Simple calor y humedad concentrada.

Un vapor del infierno en estos días. El hombre con escalera. Menuditos los dos, la escalera y el hombre. Así nace esta idea de seguirlo. Ahora, justo a las doce, cuando La Habana es una jungla pestilente y los lugares de sombra son escasos. Ahora, cuando no tengo nada más que hacer. Ahora, sí, malditas sean la profesión y la semilla. Por qué tiene que interesarme un tipo menudo que se

rasca junto al león de Prado. Pero en los ojos está esa chispa que avisa. La intuición. Esa parte del cerebro no se puede quedar quieta. Las células intranquilas huelen el principio de una historia: una verdad se esconde detrás de algo tan ínfimo. El hombrecillo, digo.

Nos separan quince metros. Suficiente distancia. Puedo mirar sin perderlo de vista. Sin arriesgarme a que se vuelva y me descubra fisgoneando. Apuesto veinte pesos a que seguirá Prado arriba, hacia La Habana Vieja. Tiene cara de ser de La Habana Vieja. Cara de galleguito con bigotes de los que todavía hablan con la zeta. Maldita sea, cincuenta años en Cuba, doblando las espaldas en esta isla de mierda, y todavía con la zeta.

Pero me equivoqué. Perdí los veinte pesos. Torció hacia Neptuno: lo peor. El sol es más fuerte en Neptuno que en cualquier otra calle de La Habana. Calle sin espacios de sombra, con las aceras pegadas a las paredes de las casas. Ni un árbol. Ni uno solo. El hombrecillo va con escalera, y yo detrás, sudando. Pero no lo dejaré escapar. Hoy no. Hoy tengo la sangre fría del cazador. Delante, a quince metros, va mi presa.

Sobre la ciudad, la nube es una estela blancuzca hecha jirones por el viento. Una bandera que hubiera estado expuesta a las balas. Imagino la bandera, los tiros, los caballos, las casacas de los húsares. No sé por qué imagino la nieve. Debe ser, sí, un pasaje de invierno, de crudo invierno, y en la nieve está ese ejército que huye bajo los tiros de un enemigo invisible. Todo por esa nube hecha pedazos sobre La Habana y el calor del infierno en la calle Neptuno. Pero el pasaje invernal me llegó claro. Cañones y caballos enterrados en la nieve. Flancos batidos con tiros de mosquete. Muertos en fila, mirando al cielo, abandonados porque no hay tiempo de cargarlos. Un ejército se bate en retirada. Nada peor que eso.

Veo a Napoleón y a Ney montados a caballo. El orgullo de Francia, bien. La gloria hecha pedazos también, como las banderas de los galos, por *les russes de merde*. La larga fila de muchachos extenuados y hambrientos muere bajo los tiros con el olor de los *croissants* jugueteando en el aire, a pocos metros de la *cuisine impériale*, y exploran con los ojos la quieta línea de los abedules en la distancia. Los *franzuskie záitsi*, tan fáciles de abatir con un solo tiro de mosquete, y entre los abedules se mueven los *papashi*, ahora devenidos generales por la divina voluntad del *Velikii Piótr*,

envueltos en capas de armiño y cebellina de la tundra cazadas por los *streltsí* del Yeniséi en los días de fiesta del *Sviatói* Vladímir.

No sé lo que tienen en común los franceses, los rusos y un habitante del Caribe hispano. La nieve no. La guerra. Solo la guerra puede ser común. No veo que mi hombrecillo encaje en esta historia. No lo imagino montado en su caballo, blandiendo un sable, con la casaca salpicada por la sangre enemiga y la cara sucia del hollín y la pólvora. Pero de pintura, sí. La historia vuelve a su lugar de origen. Lllaman a esto suspicacia. Sobre el Berezina construyeron puentes de madera. Los guerreros de Ney desmontaron un bosque de abedules: troncos largos y rectos, talados con la pericia de los ingenieros galos, y el ejército francés pudo escapar de la masacre.

Anoto esa palabra: ma-sa-cre. Otra vez no concuerda con mi héroe. Con mi hombrecillo de overol carmelita. No lo imagino masacrando a nadie. No es como Napoleón, pero es pequeño también. Segunda coincidencia. En este mediodía tedioso de Neptuno he descubierto el primer hilo de mi historia. Mi hombrecillo asesino, bien. Nadie lo hubiera dicho. No lo hubiera descubierto sin pensar en Napoleón y la masacre junto al Berezina. O más allá, desde las puertas de madera de Moscú hasta la orilla del río. De algo sirvió la nube que se desgarró sobre La Habana al empuje del viento.

Ahora solo queda el espacio vacío. Gris profundo sobre campo azul. Debe ser gris en todas partes. Sobre Moscú también, el Berezina y las planicies blandas del Atlántico. A veces llegan solas las palabras. Hago mi lista: Caribe hispano, Rusia, Francia, puente, masacre, Atlántico. Blandas planicies bajo el cielo gris. Y aquí en Neptuno las cosas son las mismas. Los edificios son mi jungla. La historia me sobrecoge y me interesa. El hombrecillo se ha convertido en húsar. Así, sencillamente, ante mis ojos. Blande las escaleras como un sable gigante. Va destripando, como Jack en Londres, pero a una escala mayor. Mi héroe, bien. Quién me lo hubiera dicho.

Pero escribir historias de asesinos puede ser peligroso. Se corre el riesgo de que el héroe sea un villano. Uno de marca mayor. Escupo ahí, sobre la acera. El salivazo hierve ante mis ojos. Son las cosas de llegar o no llegar. Seguir o no seguir. Nunca me gustaron las historias policiales. Son cosas arregladas por el autor para que luzca bien el policía. Acertijos elaborados con astucia para engañar al lector, tenerlo en ascuas durante media hora y sorprenderlo con un final que nadie vio venir. Puro acertijo y pura

trampa, y eso es todo. Salvo Holmes, quizá, que me divierte con la infantil inocencia del doctor. Pero, aun así, no quiero. No me interesa. Y el salivazo ya está seco. El hombrecillo sigue allá, casi en Infanta.

Debe vivir en Centrohabana. No tiene cara de vivir en Centrohabana. No tiene cara de destripador ni de húsar. No tiene cara de nada. De hombrecillo con bigotes y escalera. De eso sí. De pintor de brocha gorda, bien. De operario experimentado que pinta las paredes del Sevilla y se cuida bien de dejar las manchas en el piso. Un asesino debe tener otra cara. Otros ojos. Otras maneras. No como este, abigarrado y seco. Ni siquiera sospecha que lo sigo. Un asesino verdadero debe sospechar de todos.

Debe saber, por ejemplo, si la sábana que cuelga en el balcón fue lavada por mujer o por niña. O por las manos de un hombre viejo que vive solo en el apartamento reducido, con escasos muebles y comida poca. Padece una enfermedad incurable en los riñones y se orina cada noche mientras se muere poco a poco y cuenta las monedas antiguas de valor importante que guarda en el forro del colchón, olorosas a orine y a polvo, y de noche brillantes y pulidas, solo de noche, porque la noche es el tiempo mejor para contar monedas. Si las cuenta de verdad, cuántas serían. Digamos, un número cualquiera. Una cantidad determinada de redondeles brillantes de oro y plata, y eso lo convierte en una víctima en potencia.

Y aquí tenemos al asesino-ladrón, uno que mata no por el placer inigualable de quitar la vida, sino esta especie de salteador moderno que es capaz de robar y quitar la vida. Pero no me gusta ese giro de la historia. No veo a mi hombrecillo en plan de robo. Digamos que solo mata por placer. Por decir que mató, y contarlo, y mirar a los ojos del oyente para ver el efecto. O por el simple impulso de la adrenalina. El morbo hedonista lo obliga a salir cada noche buscando un cuerpo donde encajar el puñal. Y no le interesa el hombre viejo y solo que se orina cada noche y cuenta sus monedas en la escasa luz de una habitación necesitada de pintura, de barniz y de agua. A mi asesino, no.

Hay altruismo en cada profesión. Cierta clase, diríamos. Como la hubo en Napoleón cuando apuntó los cañones a la chusma enardecida en la Plazuela de San Roque. Otra vez Bonaparte. La fijación con los franceses y el cielo gris sobre las vastas planicies del Atlántico. A quién le puede interesar, digamos, el azul pálido, casi gris, sobre los campos de Rusia. Ahora también

es verano allá. Florece la *romashka* y el aire carga un olor agradable de abedules. Aquí, en La Habana, no.

A nadie le interesa. Ni a mi hombrecillo, ni a mí. Él va delante. No imagina que lo sigo. Y yo ni siquiera sé cómo se llama. Hombrecillo está muy bien. Después le busco un nombre. Uno que me suene a gallego con bigotes. Manuel quizá. Manuel Caneiro. Vino por embullo de los primos y se quedó en la isla. De profesión pintor. Con escaleras, sí. Casi lo pierdo en Infanta.

Calle con corredores techados y demasiada gente. Se me pierde casi mi pintor menudito. Mi asesino. El héroe de mi historia. Lo descubro otra vez frente al Astral. Una reparación, seguro. Paredes desconchadas. Cosa menor. Unas mezclas y unos toques y ya queda la pared como nueva. Lo veo conversando con un negro alto de pelo amarillo, casi blanco.

Ahora todos en La Habana se han pintado el pelo de amarillo. Las cortesanas de Roma se lo pintaron de amarillo también cuando el emperador leyó su poema sobre el ámbar. Y mi pintor desaparece en el teatro. Solo queda apostarme en la acera de Infanta escapando del sol y de la gente que pasa pidiendo permiso por favor. Tengo que esperar y busco espacio entre los constructores que descansan sentados a la sombra. Es el rito conocido después del almuerzo. Son los mismos que reparan el teatro.

La construcción, en general, me interesa. Ahora quedan pocos constructores en La Habana. La ciudad va creciendo sin constructores propios. Se expande la ciudad sin albañiles. Ahora los albañiles son escasos. Los albañiles buenos, digo, no esos nuevos maestros inventados que pululan en los barrios desde que el oficio se perdió y empezó a llegar a los puertos de la isla toda esa arribazón de panelería importada. Llegan barcos enteros cargados de perfilería ligera, de acero o aluminio, y planchas de tablarroca de espesor variable. Industrias de Monterrey. Importaciones de yeso y acero blando, altamente oxidable. Partidas de tornillos autorroscantes para fijar las planchas. Tan fáciles de montar, en tiempo corto, sin albañiles de verdad que trabajen el cemento y la arena

Estos no son de aquí, por el acento. La inflexión es extraña. Orientales. Me pregunto dónde viven. No tienen nada que ver con el viejo alarife que llegó de ultramar buscando mejor vida. Estos buscan mejor vida también, pero no se parecen. Son de los pueblos del interior. De Holguín y Granma, o más allá, de las llanuras saladas de Guantánamo. Reclutados, diríase, sin experiencia

previa en el trabajo. Sin oficio. Todo tiene su oficio. No el altruismo placentero de los que gozan con el arte propio. La obligación, digamos, de aprender a trabajar con las manos. Y a estos en las manos se les ve que no saben trabajar. En los ojos se les ve. Alguno habrá que se pueda desempeñar como los maestros de otro tiempo. Ahora nadie los llama maestros. No es esa la costumbre. Acaso mi pintor. Acaso. Pero estos que reposan el almuerzo no parecen constructores verdaderos. Algo de cierto hay en esa máxima: con el tiempo los oficios se pierden.

Oficios. La habilidad de las manos. El bucanero, por ejemplo, podía abatir un blanco móvil a cien pasos con un mosquetón de veinte libras apoyado en el hombro, aguantando el retroceso a puro golpe de clavículas, tragando gases de pólvora y escupiendo plomo sobre el pecho y la entrepierna. Lo mismo hacían los húsares de Ney antes de caer con la cara hundida en la nieve y una bala de cosaco del Don incrustada en la espalda. A ciento cincuenta pasos estaba el cosaco del blanco francés: *franzuski záichik* ultimado desde lejos por Iván Gorobújovski. El *rusски vanya*, de mosquetón y sable, condecorado por abatir un enemigo desde lejos. Pura cuestión de oficio. Otra palabra en la lista.

Un asesino también debe tener habilidad con las manos. El golpe del puñal puede desviarse de su curso si el brazo no describe el arco necesario y el busto y la columna no retienen esa posición el tiempo que dura el esfuerzo mayor. El de la mano. De modo que hay oficio también en el arte de matar. Y eso me gusta. No contaré una historia que no tenga el sabor del oficio. De mano acostumbrada a dar el golpe aunque el dueño de la mano sea irrisorio. Figura ínfima, sí. Cosa menuda, despreciable. No el hacedor de maleficios que mira con un aire superior y escupe salivazos discretos, espaciados, donde nadie pueda verlo.

No. Hablo del húsar de morro elevado y chaquetón que se envuelve con un trapo el miembro destrozado y carga otra vez porque así lo lleva escrito por dentro, para gloria mayor del general que mira la batalla desde lejos mientras cierra su partida de ajedrez sobre el terciopelo oscuro de la mesa de campaña. Así cayeron todos en el camino de regreso, antes del Berezina y el puente de abedules, y así quedaron todos en la nieve, como estatuas de hielo ribeteadas en rojo y púrpura, erguidas en una franca posición de muerte con el níveo brillo del sol sobre los sables.

Y así murieron también los alarifes de ultramar, pobres y enfermos, esperando el futuro prometido por los padres fundadores, sin puente de abedul que los salvara, sin el pasaje de regreso, sin bolsa llena de redondeles brillantes, sin mirar otra vez los campos de trigo de Galicia ni los destellos del otoño ibérico en las cúpulas doradas de las torres moriscas. Y en su lugar llegaron estos aquí, los orientales, a salvar la ciudad que se cae en pedazos. Tomo ese apunte. Motivaciones. A ver si no es mejor mirar la luna que riela sobre el Cauto. O quizá fue por eso que vinieron. Se alejaron para extrañar sus predios. Ahora están reposando el almuerzo en las sombras de la acera y hablan de todo eso. Y yo los entiendo aunque no quiera. Cuando hablan de eso los entiendo. Ese es su puente de madera sobre el Berezina, y ahí está su futuro prometido. Motivaciones: un puente.

Debe tener un puente mi asesino. Todo el mundo lo tiene. Los constructores orientales y los húsares de Ney. Los alarifes que llegaron de ultramar. Un puente. Y en la libreta tomo el apunte: un puente para alcanzar el futuro prometido. Aquí, en La Habana, en la hora más tórrida de agosto, un puente. Lo que motiva. Lo que obliga a la mano a cerrarse sobre el mango del puñal y descargar el golpe.

Un puente para matar. Para llegar al otro lado, de modo que se alejen esas sombras. Esas que amenazan con volvernos locos. Con matarnos lentamente, así de simple, aunque no sea una muerte con sangre, balas y sablazos como la muerte de los húsares, o como la muerte espiritual del alarife, que se quedó en las ganas de volver con los bolsillos llenos de pesetas. O como el oriental que vino sin oficio a reparar las paredes del teatro. Pura muerte también, aunque no lo parezca. Pura muerte, y es el puente lo que nos salva de ella. Motivaciones, sí, para escapar de la amenaza.

De manera que debo buscar motivaciones. Cómo puede alguien tan simple convertirse en asesino. Por qué, es la palabra. Por qué lo haría el hombrecito de bigotes. La situación puede ser reducida a un plano mucho más íntimo: aislar las emociones. Hurgar el interior y desechar los estímulos del medio. En La Habana del dos mil, demasiado agresivo. Las cosas que un negro con el pelo pintado de amarillo puede. Amenazas por teléfono, quizá, por cuestiones de trabajo. Es el administrador del teatro. Tiene poder. Puede exigir que le manden a un pintor. Y al que mandan es a este, al hombrecillo de bigotes y escalera.

Pueden discutir sobre el color de la pintura. La cantidad. El rendimiento. En la calle se vende a diez dólares el galón. De eso también se vive en esta isla si se conocen las normas y los precios. Cosas de experiencia y puro oficio. Y la discusión puede generar inconformidades. A cómo venden el cemento, por ejemplo, los albañiles de Oriente. Pero eso no basta. Eso no los convierte en asesinos.

Miremos otra vez. Gente muy simple, sin experiencia previa en el trabajo. Si vinieron hasta aquí, pueden estar huyendo de algo. Sombras, o circunstancias. Nunca sabremos qué. Y aquí en La Habana una bolsa de cemento Pórtland Pusolánico TreSCIENCuenta puede costar cinco dólares en la calle. Suficiente para hacer el amor con una chica de Santiago. Yusimí, sí, que llegó hace un mes a la acera de Monte y ya tiene ahorrado suficiente para comprar un *dividí*. Pero no es el caso del pintor.

Si decide matar, no será por algo tan simple. Por una estúpida discusión de normas o de precios. Por bagatelas tan fáciles de resolver y ponerse de acuerdo. Sería por algo más íntimo. Algo que pueda convertirlo en una fiera acorralada. En húsar o en cosaco. Se trata, entonces, de escarbar hasta el fondo. De buscar, digamos, las razones. De penetrar sus predios. Su marco íntimo. Si duerme con mujer, o si trasnocha, masturbándose, apostado en las sombras. Tendría que descubrir dónde vive.

Por eso espero en la acera, sentado entre los nuevos albañiles orientales, y río sus chistes sin querer. Espero que el hombrecillo salga del teatro. Lo sigo. Otra vez, con el sol derritiendo el aire sobre la calle Neptuno, ahora en dirección contraria. No el sol. Nosotros. El cazador y la presa. Todo Neptuno abajo, sin voltearnos. Como el ejército francés, la *Grande Armée*, cuando emprendió la huida de Moscú.

Y yo soy el cosaco ahora. Camino entre la nieve. Tengo mi mosquetón de veinte libras, mis plomos, mi saquito de pólvora, mi baqueta y mi sable. Otra vez esa maldita asociación con Francia y Rusia. Aquí en Neptuno, sin pasaje de invierno ni quieta línea de abedules, voy asociando cosas que me llegan a la mente. Cosas que anoto mientras persigo la figura ínfima. La figurilla carmelita con escalera corta, blandiéndola como un gran sable de húsar a los lados.

Va destazando. Desmembrando. Destripando como Jack en las callejuelas de Londres, oculto entre la niebla. Pero esta vez no persigue prostitutas. Solo camina sin voltearse. Y yo voy detrás garrapateando apuntes sin detener el paso. Sin apurarlo. Porque

no les hablé del paso. Rítmico, sí. Distancias calculadas de antemano. Velocidad constante, salvo al bajar y subir a las aceras. Pero, aun así, se mueve con la gracia de un adolescente. Y tiene cuántos ya. Cincuentiuno. Cincuentidós. Cincuentitrés, o poco menos.

No se detiene ni en Galiano. No le interesan los precios de las zapatillas importadas. No se detiene a ver los *Nike* ni los *Adidas* que exhiben las vidrieras. Debe ser duro y frío. Calculador, como debe ser un asesino, y eso me gusta. Me va gustando. Va penetrando, sin querer, mi subconsciente, las entretelas y la armazón de los nervios. Despierta mi interés. Se me insinúa. Me provoca con ese andar impasible y la frialdad con que mira a la gente. No es el húsar acorralado por los rusos, ni el alarife que sueña con volver a los campos de Galicia mientras llena La Habana de guardacantones y esquinas de fraile. Y no es el albañil de Oriente que ya vendió su bolsa de cemento Pórtland Pusolánico por cinco dólares y está pensando en vender más. Es un hombre simple con su puente. Alguien que va a matar y se prepara con paciencia, como un Jack de verdad, vengativo y solitario buscando a sus muchachas, escogiéndolas, siguiéndolas y mirándolas desde lejos antes de decidirse por una o por la otra.

Y aquí me llega la palabra venganza. Buen motivo. Alguien que sufrió por mano de mujer. Perfecto. *Cincuentón abandonado por mulata joven*. Muy bien, pero no. Un camino trillado. Melodrama de los cuarenta, o cursilería bobalicona en el principio de un siglo que promete un poco más. Mi hombrecillo tiene cara de otra cosa. De húsar acosado, ya lo dije. Otras motivaciones. La amenaza. Y amenaza de qué. Por qué. De quién. Del negro-rubio del Astral. Chantaje, sí. Un poco de homosexo. El negro-rubio-yegua. No está tan mal el tema, ni tan trillado. Se vende rápido ese tipo de historias. Pero mi cuento no se vería bien en el barrio. Somos cubanos, coño. Exportamos Yusimies y Kirenias. No estaría bien lo del negro maricón, y no me gustaría, para mi héroe, una aventura homosexual. De manera que dejo a un lado al negro-rubio. Me concentro en mi presa.

Lo veo allá, casi llegando a Prado, saltando entre la gente como un húsar. Va caminando con el paso rítmico. No se detiene a conversar con nadie. Será que nadie le interesa. O quizá va dándole vueltas en el cerebro a la idea de matar. De sajar el vientre desde abajo, recto al pulmón, para que tarde más la agonía de la víctima. Para que lo recuerde, coño, mientras viaja al otro mundo. Y los bigotes se le retuercen hacia arriba. Del gusto seguro se le

retuercen los bigotes, con las guías empinadas al cielo, como a Dalí cuando pintaba surrealismos.

Me pregunto si Dalí no mató a nadie. Si no tuvo, digamos, experiencias más fuertes. Algo que acelerara el pulso. Un negroyegua, por ejemplo, que lo quisiera chantajear. A mi pintor ya le quitamos esa parte. Lo conservamos íntegro en el sexo. Su historia será otra. Nada de manías enrevesadas. Ni sobornos. Ni chantajes. Ni lujuria. Y nada de aficiones al juego. Ni mulata de caderas poderosas que lo dejara convertido en trapo. Ni una deuda de gratitud. Ni excesivo amor por el dinero.

Frente al Inglaterra pasó sin detenerse ni mirar las piernas blanco-nieve de las turistas inglesas que toman su *bourbon* a las tres de la tarde. No sé de dónde saco lo de *bourbon*. Seguro están tomando cualquier otra cosa. Cerveza negra importada de grado bajo, o una sangría tropical. O piña colada con añejo, por el calor, servida en vasos largos por un mulato de cuarenta que se toca el cierre del pantalón mientras practica su inglés básico para trabajadores del turismo y sonríe para las damas aunque no sonría en el barrio. Y las turistas le miran los dientes y las manos y sacan cuentas de cuánto costaría en un mercado de Picadilly Circus, con trompetas al fondo, desnudo sobre la plataforma de roble, con la piel embadurnada en aceite de girasol y un taparrabos minúsculo de muselina o de cuero.

Lo del *bourbon* lo anoto por si se me ocurre escribir otro cuento, algo sobre un café al aire libre en París, bajo sombrillas junto al Sena, con el pálido sol del verano francés asomando entre la armazón de la torre. Podría tomar un curso en la Alianza y aprender unas cuantas palabras, las *paroles de Dieu* que hablaba Carpentier, y eso también lo anoto aunque no tenga nada que ver con mi futura historia.

Pero□ cuidado. Mi presa ya va lejos. Mi asesino. Ya va dejando atrás el Capitolio. Y yo me apuro. Lo alcanzo. Me hago el bobo mirando la cúpula rematada en aguja, las indias de la fuente, los delfines de alabastro, la ceiba de la fraternidad americana. El fuerte tráfico de la calle Monte me detiene. Lo veo allá, bajando por Cienfuegos. Cruza la calle sin detenerse, como el húsar a caballo. Y aquí lo pierdo, entre Corrales y Apodaca. Desaparece de mi vista y quedo solo, como el cosaco burlado por el ejército que huye, apuntando el mosquetón al aire, y al rato lo veo aparecer, ya sin camisa, sin overol, en el segundo piso, en el balcón del número cuarentisiete.

Ahora ya lo tengo. Tengo la ubicación que necesito. Lo demás será fácil. Espiar su vida. Sus costumbres. Saber si vive solo. Si se acuesta con mujer, aunque lo dudo. Si paga una chiquilla los fines de semana y se complace rápido en el cuarto semioscuro con ventana a Cienfuegos. Si trafica con algo y mantiene una apariencia respetable, cosa común entre los asesinos. Si entra y sale a deshora y parquea un camión en los bajos y descarga mercancía de procedencia dudosa. Café de Oriente puede ser. O cerveza enlatada oriental también. La lista sería larga. Siempre lo es, aunque no lo parezca. No dirán los vecinos que lo vieron entrar o salir con su paquete al hombro. Que se parqueaba un *van* corporativo allí todas las noches y desmontaban los sacos y las cajas. Nunca lo ven. No ven a nadie.

Pero ya lo tengo.

Manuel Caneiro. Solitario descendiente de alarifes gallegos, que vive solo y planea su venganza contra el mundo. Manuel Caneiro, sí. Ese será tu nombre. Matarás porque así es necesario para escribir mi historia. Ya lo dije, motivaciones. El puente sobre el Berezina. El escape a una presión insoportable. La mano se cerrará sobre el puñal porque no habrá otra salida.

Pero□, espera, Manolete. Hay algo aquí.

En el balcón el hombre no está solo. Tres mujeres lo besan. Una mulata esbelta, de cuarenta quizá. Las otras dos, adolescentes. Llevan trazas de la sangre austera de Galicia, y algo también de Ochún, aunque muy poco. Le aplastan las mejillas con los labios. Puro templo de amor. Puro templo. Así, sin anotarlo en la libreta, sin verme allí, burlado, sobre la acera. Mi historia se ha ido al piso. Mi asesino se esfumó en el aire. Sus motivaciones se esfumaron. Debo comenzar otra vez. Escoger a otro. Alguien con cara de húsar verdadero.

Y sobre la acera escupo otra vez. Reviso mi lista de palabras sin sentido. Rusia. Francia. Caribe hispano. Gris. Motivaciones. Puente. Templo. Carpentier. *Bourbon*. Esperen. Hay algo aquí. *Paroles de Dieu*. Un café junto al Sena. Alguien bajo sombrillas, caminando en la tarde parisina. Alguien que puede leer a Pushkin y a Voltaire en sus idiomas respectivos. Sí. Alguien que puede hacerlo porque tiene sangre de francés y de cosaco. Un cosaco-húsar antillano.

Paroles de Dieu. Carpentier. Y anoto otra vez el apellido. El cubano más notable. El alminar de la literatura. Motivaciones, sí. Alguien con más de un puente. Un templo construido con palabras. Con qué palabras, sí. Lo tengo, bien. Lo tengo. Manuel

Caneiro. Matarás porque tienes un templo de amor que defender. Matarás por tus hijas. Por las dos. Matarás por las dos. Matarás como único puente. En La Habana del dos mil matarás por las dos. Matarás en las calles, en las tiendas, en los apartamentos que amenazan con venirse abajo. En los parques matarás por las dos.

Y ahora escupo otra vez sobre la acera de Cienfuegos. Reviso mi lista sin mirar a la gente. Me alejo por Monte sonriendo porque ya tengo completo el hilo de mi historia.

Motivaciones, bien. Ya lo dije.